

ACTO III

Escena primera. Entra Banquo

BANQUO

Ahora ya eres rey, Glamis y Cawdor, todo, como las brujas prometían, y me temo que has jugado muy sucio para conseguirlo. Se nos dijo también que no podrías perdurar en herederos y que yo mismo, yo, sería padre y raíz de muchos reyes. Si hablaron con verdad, como sobre ti, Macbeth, brilló lo que dijeron, ¿por qué, si esas verdades pudieron confirmarse sobre ti, no ha de ocurrir lo mismo también con mis oráculos para darme esperanza? Pero, silencio. Basta.

Sonido de trompas

Entran Macbeth como rey, Lady Macbeth, Lennox, Ross, caballeros y sirvientes

MACBETH

Aquí está nuestro huésped de honor.

LADY MACBETH

El no invitarlo

habría supuesto un hueco en nuestro gran banquete, un gran error imperdonable.

MACBETH

Esta noche, señor, ofrecemos una cena solemne para la que requerimos vuestra presencia.

BANQUO

Disponed, Majestad,

de todo mi respeto, puesto que os aseguro mis servicios que con indisolubles vínculos a vos me unen para siempre.

MACBETH

¿Cabalgaréis esta tarde?

BANQUO

Sí, mi señor.

MACBETH

Hubiéramos solicitado, de no ser así, vuestro buen parecer (que ha sido siempre ponderado y fecundo) en el consejo de hoy; quede para mañana.

¿Iréis muy lejos?

BANQUO

Tanto, señor, como permita el tiempo

que media hasta la cena. Si no lo hiciera, mi caballo
tendría que tomar prestadas a la noche
una o dos horas de su oscuridad.

MACBETH

No faltéis al banquete.

BANQUO

No faltaré, señor.

MACBETH

Hemos oído que nuestros sanguinarios familiares se refugian
en Inglaterra y en Irlanda, y no sólo ocultando
su cruel parricidio, sino contando a quienes les escuchan
extrañas invenciones. Pero de esto, mañana cuando asuntos de Estado nos reúnan,
ya hablaremos. Id a cabalgar. ¡Adiós!

Hasta vuestro retorno esta noche. ¿Se va Fleance con vos?

BANQUO

Sí, mi señor. Y el tiempo nos reclama.

MACBETH

Que sean vuestros caballos veloces y seguros;
a su sólida grupa os encomiendo.

Quedad con Dios.

Sale Banquo

Que cada cual sea dueño de su tiempo
hasta las siete de la tarde.

Por dar a nuestros invitados la mejor bienvenida
nos quedaremos solos hasta la hora de la cena.

Entretanto, ¡id con Dios!

Salen todos excepto Macbeth y un sirviente

¡Escucha, tú! ¿Esperan esos hombres
nuestras órdenes?

SIRVIENTE

Sí, mi señor. Esperan a la puerta de palacio.

MACBETH

Tráelos a mi presencia.

Sale el sirviente

¡De nada sirve estar así

si no hay seguridad! Nuestro miedo hacia Banquo
ha penetrado en lo más hondo, y hay en su realeza natural
algo que debería ser temido. Su atrevimiento es mucho
y al carácter indómito de su alma

añade un saber que guía su valor
haciéndole que actúe con seguridad. Ninguna otra existencia
temo más que la suya; y bajo él

mi genio está abrumado como, dicen,
ante César lo estaba Marco Antonio. En el mismo momento

en que rey me llamaron, increpó a las brujas
y les hizo que hablaran. Como una profecía, entonces,
le saludaron como padre de una estirpe de reyes.

Una infecunda corona cifieron sobre mi cabeza,
me hicieron empuñar un cetro estéril

que deberá arrancarme un día mano extraña
sin tener hijo alguno para que me suceda: si es así

mi alma he mancillado por la estirpe de Banquo;
por ellos he matado al noble Duncan,

llenado de rencor mi copa de reposo
sólo por ellos, dando la joya eterna de mi vida
al enemigo común de los mortales,

para hacer de ellos reyes. ¡Reyes a las semillas
de Banquo! ¡Ven, destino, antes de que así sea! ¡Ven y lucha!

¡Lucha conmigo hasta el final!... ¿Quién va?

Entran el sirviente y dos asesinos

Espérate a la puerta hasta que llame.

Sale el sirviente

¿No fue ayer cuando hablamos?

ASESINO PRIMERO

Ayer fue, Majestad.

MACBETH

Y bien, pues,

¿habéis considerado mis palabras?

Sabed que en el pasado fue él quien os mantuvo

así de postergados, mientras vosotros me lo atribuíais,

a un inocente, a mí. De esto ya os di pruebas

en el último encuentro y os mostré con largueza

cómo se os engañó, se os postergó, quiénes fueron los cómplices,

cuáles los instrumentos, y muchas otras cosas ante las que diría

el más necio y hasta el más demente:

¡Esto lo hizo Banquo!.

ASESINO PRIMERO

Así nos lo contasteis.

MACBETH

Lo hice, sí. Y aún más. Y esto es, precisamente,

lo que motiva ahora este otro encuentro.

¿Creéis que la paciencia predomina tanto en vuestro ánimo

como para dejar que todo siga igual? ¿Sois tan evangélicos

que así rogáis por este hombre y por su descendencia

cuando con mano firme os condujo a la tumba

y empobreció a los vuestros para siempre?

ASESINO PRIMERO

Somos hombres, señor.

MACBETH

Ya lo sé, y como tales figuráis en catálogo,

como el lebrer, faldero, perdiguero, bastardo, raposero,

el de agua o de presa o semilobo, todos tienen el mismo

nombre de perro. Y, sin embargo, la lista de valores

distingue al lento del veloz, al astuto,

el guardián y el de caza, cada cual

según el don con que Naturaleza, generosa,

le haya revestido, y recibiendo así

específico nombre en el conjunto

donde todos figuran por igual; lo mismo con los hombres.

Ahora, si en la lista humana ocupáis un lugar

que no sea un grado ínfimo, decidlo,

y pondré en vuestras manos una empresa,

con cuya ejecución vuestro enemigo queda eliminado

y vosotros atados a nuestro corazón y al afecto de Nos,

que soportamos una salud enferma a causa de su vida,

cuando se aliviaría con su muerte.

ASESINO SEGUNDO

Soy, señor,

de los que viles golpes y mundanos azares

tanto han exasperado, que haría lo que fuese

para vengarme de ese mundo.

ASESINO PRIMERO

Yo soy otro,

ya tan cansado de miserias y tan abatido por el infortunio

que arriesgaría mi vida a cualquier suerte

con tal de mejorarla o de librarme de ella.

MACBETH

Sabed ambos
que Banquo fue vuestro enemigo.

ASESINO SEGUNDO

Es muy cierto, señor.

MACBETH

Y lo es mío también, y rival tan sangriento
que cada instante de su vida está clavado
en el centro mismo de la mía; y aunque yo pudiera
quitarlo de mi vista con mi expreso poder,
siendo mi voluntad la justificación, no debo, sin embargo;
pues hay amigos suyos que lo son también míos
y a cuya estima renunciar no puedo. Lamentaría su caída
provocada por mí. Por esto ahora
debo hacerle la corte a vuestra ayuda,
disfrazando el asunto a los ojos ajenos
por varias razones poderosas.

ASESINO SEGUNDO

Lo que vos dispongáis,
señor, haremos.

ASESINO PRIMERO

Aunque nuestras vidas...

MACBETH

A través de vosotros brilla el valor. A lo sumo
dentro de una hora diré dónde debéis apostaros
y os mantendré informados, oportunamente,
del momento preciso; ha de hacerse esta noche
y a debida distancia de palacio; pensad siempre
que exijo quedar libre de sospecha... y que junto a él
(sin dejar rastro ni señal en lo que hagáis),
su hijo Fleance que le acompaña,
y cuya desaparición no es menos importante para mí
que lo es la del padre, debe también abrazar el destino
de esa hora oscura. Decidid a solas;
yo volveré enseguida.

ASESINO SEGUNDO

Señor, estamos decididos.

MACBETH

Os llamaré muy pronto. Esperad dentro...
Todo está concluido: Banquo, el vuelo de tu alma
si ha de encontrar el cielo, debe hacerlo esta noche.
Salen

Escena segunda. *Entran Lady Macbeth y un sirviente*

LADY MACBETH

¿Ha salido Banquo de palacio?

SIRVIENTE

Si, mi señora, pero regresará esta noche.

LADY MACBETH

Di al rey que solicito su permiso para hablarle brevemente.

SIRVIENTE

Sí, mi señora.

Sale

LADY MACBETH

Nada se tiene, todo está perdido
cuando nuestro deseo se colma sin placer.
Es mejor ser lo que nosotros destruimos,
que al destruirlo no vivir sino un goce dudoso.